

A su imagen

A*

Jérôme Ferrari

A su imagen

Traducción de Regina López Muñoz

Primera edición, 2020

Título original: *À son image*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Actes Sud, 2018

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2020

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: Cultura Creative (RF) / Alamy Stock Photo

Fotografía del autor: Actes Sud

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-15-3

Depósito legal: B. 28970-2019

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

La traductora de esta novela se benefició de una residencia en el Collège des traducteurs de Seneffe | Passa Porta en agosto de 2019.

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación García Lorca del Institut français de España.



In mimoria di u me cucinu caru, Jean Vesperini

No harás para ti imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás ni rendirás culto.

Éxodo 20, 4-5

¡Obscenidad!, quería gritar, pero no lo hizo porque no sabía a quién iba dirigida la palabra: a sí misma, a West o al comité de ángeles que observan impasibles todo lo que pasa. Obscenidad porque esas cosas no deberían suceder, y nuevamente obsceno porque después de que hayan tenido lugar nadie debería sacarlas a la luz, sino que habría que tapparlas y esconderlas para siempre en las entrañas de la tierra [...].

J. M. COETZEE, *Elizabeth Costello*

Ha pasado la muerte. La foto llega después de quien, a diferencia de la pintura, no suspende el tiempo, sino que lo fija.

MATHIEU RIBOULET, *Les Œuvres de miséricorde*

1. Oraciones al pie del altar

(En el camino de regreso, Voivodina, 1992)

La última vez que lo había visto, diez años atrás, él volvía a su casa y ella lo acompañaba. Desde que el autocar de Belgrado los había dejado en la estación de autobuses, él no había abierto la boca. Luego se detuvo, aún en silencio, para acodarse en el pretil de un puente sobre el Danubio del que los bombardeos de la OTAN en 1999 no dejarían en pie más que los pilares. Antonia se quedó rezagada, con la cámara en la mano, observándolo. Él llevaba un uniforme de faena desgarrado en el que había cosido sus galones de sargento y, bajo la insignia del disuelto JNA,* un escudo serbio con un águila bicéfala flanqueado por las cuatro sigmas lunares. A sus pies descansaba un petate militar grande que solo contenía una edición húngara del *Kaddish por el hijo no nacido* de Imre Kertész, el primer volumen de una traducción serbocroata de las obras completas de Bukowski y unas cuantas cintas de casete, de R.E.M. y Nirvana, que ya ni recordaba cuándo había escuchado por última vez. Se sostenía la cabeza con las manos. No contemplaba las

* Ejército Popular Yugoslavo.

aguas negras del río ni el cielo cargado de lluvia. Al pasar por su lado, un grupo de chavales muy jóvenes que avanzaba por el puente había aminorado el paso y estallado en una carcajada incomprensible, mirándolo de arriba abajo descaradamente. Antonia había hecho la foto, la última del reportaje que le había dedicado y que jamás llegaría a publicarse. Al principio él pareció no reaccionar. Pero entonces alzó la cabeza y Antonia vio que lloraba. Agarró el petate y, al comprobar que ella se disponía a seguirlo, la detuvo con un gesto de la mano, y ella se quedó plantada en el puente viendo cómo se alejaba hasta que hubo desaparecido y fue demasiado tarde para más despedidas.

Aquella tarde de viernes de agosto de 2003, en el puerto de Calvi, lo reconoció de inmediato. Dragan caminaba hacia ella en medio de la muchedumbre de turistas, con otro suboficial de la legión extranjera, y su uniforme ahora estaba impecable. Ella se detuvo. Cuando sus miradas se cruzaron, él sonrió y la besó con un entusiasmo que no podía ser fingido. Estaba tan desconcertada que al principio no se percató de que él le hablaba en francés. Señaló la cámara que Antonia llevaba en bandolera. ¿Hay cosas interesantes para fotografiar aquí? Ella se echó a reír. No. Nada interesante, la verdad. Ahora hacía reportajes de bodas, por eso estaba en Calvi. Fotos de alianzas. De familias emocionadas. De parejas, obviamente, muchas parejas, delante de macizos de flores, de coches de lujo o de puestas de sol sobre el Mediterráneo. Siempre las mismas cosas a un tiempo curiosamente grotescas, repetitivas y efímeras. Se ganaba bien la vida, pero lo que hacía no tenía ningún interés. Se calló. Temió que él pudiera ponderar la profundidad de

su amargura. Le preguntó si le apetecía tomar una copa. Él estaba de guardia. Tenía que volver al campamento Raffalli. Pero le encantaría pasar el día siguiente con ella. Antonia tenía previsto volver a su casa, en el sur, en cuanto acabase la boda. Había prometido a sus padres que cenaría con ellos. Él se encogió de hombros. ¿No podía quedarse un día más? Ella lo miró. Claro que sí, podía.

Llamó a su madre para anunciarle que un imprevisto la obligaba a prolongar veinticuatro horas más la estancia en Balagne. No podría cenar en el pueblo el sábado, como les había prometido, pero estaría allí sin falta al día siguiente. Aunque Antonia procuró presentar el contratiempo bajo una luz lo menos dramática posible, no pudo evitar que al otro lado se desencadenase inmediatamente una crítica desconsolada que le reprochaba su falta de formalidad, su ingratitud y su egoísmo. Antonia no cometió el error de irritarse. Garantizó a su madre la perfección de su amor filial, le dijo que se alegraría mucho de verla el domingo, y la redujo al silencio colgándole más o menos de golpe, tras lo cual apagó el teléfono y se metió en la cama.

Durante todo el día, trató de concentrarse en su trabajo. Fotografió a la novia desde que salió del cuarto de baño hasta el momento en que se puso un vestido que recibió la unánime calificación de sublime por parte de un entorno embelesado; fotografió la sonrisa obligatoriamente radiante del novio en el momento en que descubrió a su prometida; los acompañó a la iglesia; durante el banquete, sacó fotos de todos los invitados embrutecidos por el calor y el alcohol; y terminó la jornada en la playa, donde se permitió el placer culpable de hacer

posar largo rato a los novios bajo un sol abrasador en posturas sofisticadas que ella esperaba fuesen tan dolorosas como ridículas. Al término de la sesión, los recién casados estaban sudados pero felices. No ponían en duda que el resultado sería magnífico, como todo en ese día. Pagaron a Antonia dándole las gracias cordialmente y ella pudo irse a cenar con Dragan. Conversaron toda la noche y, cuando Antonia regresó a su hotel, eran las cinco de la mañana. No tenía sueño. Aunque se acostara y, pese a todo, consiguiera conciliar el sueño, tendría que dejar la habitación a las once. Decidió ponerse en marcha. Pararía en su casa, dormiría todo el día y subiría luego al pueblo para cenar con sus padres. Se sentó al volante y bajó todas las ventanillas. Todavía era de noche y la temperatura no había descendido de los treinta grados en ningún momento. Atravesó L'Île Rousse. Por la carretera de Ostriconi, al tomar una curva, mientras el mar, abajo, permanecía entre las sombras de la noche, el sol que alumbraba vagamente el cielo tras las montañas rebasó bruscamente las cumbres y sus primeros rayos vinieron a iluminar el rostro de Antonia. Ella se dejó deslumbrar un instante y cerró los ojos.

Sus padres y su hermano, Marc-Aurèle, la esperaron mucho tiempo. Cuando la llamaban, saltaba el contestador. A las nueve de la noche, su madre había pasado definitivamente de la indignación a la desesperación. Salieron los tres del pueblo para bajar a la ciudad, llamaron en vano a la puerta del piso de Antonia, preguntaron a los vecinos, recorrieron las calles del barrio en todas direcciones para intentar localizar su coche, y terminaron por dar parte en la gendarmería. Al día siguiente, a última hora de la tarde, dos gendarmes llegaron al

pueblo, y la madre de Antonia se puso a gritar en cuanto vio la expresión de sus rostros. Le confirmaron que aquello que tanto había temido, no solo durante las últimas veinticuatro horas, sino, en el fondo, toda su vida, había sucedido. Los compañeros de Balagne habían hallado el vehículo de Antonia en el fondo de un barranco de Ostriconi. Habían tardado bastante tiempo. Era casi imposible localizarla desde la carretera, y el asfalto no presentaba huellas de frenado que orientaran la búsqueda. Habían tenido que utilizar un helicóptero. Seguramente, Antonia había fallecido el día anterior, al alba. Los gendarmes quisieron marcharse, pero el padre de Antonia insistió en ofrecerles unos cafés que ellos bebieron en silencio, de pie en la cocina, cabizbajos y con el quepis en la mano.

Dos días más tarde, el ataúd es depositado sobre un modesto catafalco frente al altar, entre dos cirios blancos muy largos. El sacerdote que se acerca a bendecirlo es el tío materno de Antonia. Es también la persona que, treinta y ocho años antes, en la misma iglesia, la estrechó contra él mientras el agua fría del baptisterio vertida sobre su frente la hacía llorar. Por aquel entonces, él tenía diecisiete años. No le interesaba el ritual. Solo podía pensar en reconfortar al bebé que se revolvía entre sus brazos.

Ahora, dice: *Me acercaré al altar de Dios, y el pueblo: Al Dios de mi alegría.*

Las palabras de la liturgia no son difíciles de pronunciar. No le pertenecen, existen sin él, no reclaman ni su dolor ni la ternura inoportuna de sus recuerdos, tan solo la materialidad de su cuerpo para encarnarse y cobrar vida a través de él. Sin embargo, le resulta penoso oír la

respuesta de los asistentes. Le parece que todas las voces se unen para convertirse en la de Antonia, y que es ella quien habla, una última vez, con una extraña voz múltiple, antes de quedar reducida al silencio. Por un instante, teme dejarse llevar por una emoción irrefrenable y fuera de lugar. Lo único que puede hacer es encomendarse a la gracia de Dios.

Dice: *Nuestro socorro está en el nombre del Señor.*

Oye el zumbido de las conversaciones de quienes no han encontrado sitio en el interior de la iglesia y se han quedado fuera para esperar a que acabe la ceremonia y dar el pésame. Son muchos. La muerte prematura constituye siempre, y más cuando es repentina, un escándalo con un temible poder de seducción. Desde el altar, ve que detrás de los bancos de la iglesia se apretujan vecinos del pueblo y desconocidos, ve a primos más o menos lejanos, a sus hermanos y, en la primera fila, muy cerca del ataúd, a su hermana y su cuñado, y a Marc-Aurèle que llora desconsolado. Habría podido negarse a celebrar la misa, estar de pie a su lado. Si hubiera tomado esa decisión, quizá él también estaría llorando. Pero a Antonia de nada le sirven unas lágrimas más. Ya no alberga dudas: es ahí, al pie del altar, donde está su sitio, es ahí donde más cerca se encuentra de su difunta ahijada, más cerca de lo que ha estado en mucho, mucho tiempo.